



— *Cara* (Collage digital, 2024).
Kirin

Textos de profesores

La escritura en el aula

Uno de los desafíos fundamentales de la docencia en la Maestría de Escritura Creativa es el de enseñar produciendo obra. La planta de escritores-docentes que guía esa enseñanza en la UNTREF asume esa tarea como un horizonte deseado e irrenunciable.

A continuación, presentamos a todos los lectores y lectoras de *Aquilea* un par de textos firmados por el reconocido narrador José María Brindisi y por la poeta y narradora Susana Villalba.

El instante (fragmento)

por José María Brindisi

Después, ya bien entrada la noche, mientras caminaba por Nossa Senhora de Copacabana, mientras observaba los rostros que iban de la ventura despreocupada a la tristeza profunda, las ropas de los ricos y de los miserables, las miradas que destilaban dulzura o desprecio, mientras se deslizaba pesadamente por esas calles que había aprendido a querer, y solo era capaz de ver en los otros los gestos extremos, como si estuviesen anclados sin remedio en uno u otro lado de la vida, como si solo se pudiese amar o morir, matar para no morir: ahí se puso a pensar en Flavio. No había dejado de hacerlo en ningún momento, desde luego, pero ahora lo hacía con el dolor con que se atraviesa el tiempo, con las marcas que el tiempo le cobra a los recuerdos, y lo único que deseó de pronto fue volver el tiempo atrás, retroceder casi treinta años, aunque no estuviese seguro, o no tuviese el valor, de decirse para qué.

Lo vio entrar al aula de la Facultad, dubitativo, más bien con el paso coquetamente vacilante, entre desvergonzado y abstraído, rumiando para sí mismo las vicisitudes de su vida verdadera, una de seguro muy distinta de esa que parecía condenado a abandonar pronto. Quién podía no soñar con otras cosas, se dijo entonces y se repitió ahora, aunque él no hubiese tenido el valor o la fe, o acaso solo la suerte, de abandonar la carrera, y tardase todavía una década en darse cuenta de que no era abogado, que para bien o para mal —porque tendría que empezar de nuevo— su estómago no parecía hecho para esas cosas, para observar el sufrimiento y de inmediato, antes de que este se entronizara o amenazara la estabilidad de alguna baldosa floja de sus

cimientos, sacar partido, calibrar, especular con los otros como si fuesen un banco de pruebas.

Cruzó Paula Freitas, dudando entre subir en dirección al Morro de Saudade o bajar a la playa, pero no estaba para tomar decisiones: mientras abordaba de nuevo la calzada hacía lo imposible, lo poco que podía por apartar las imágenes, las suyas en la guardia del hospital a la caza de clientes, la acometida infame, tan lejos de aquella sentencia que el padre de Flavio, con una mano en su hombro, había deslizado para ambos, aunque él ya imaginara a Flavio despidiéndose del Derecho y de todas esas reglas para las que no había nacido. Le pareció que Luis también empezaba a aceptarlo, o que ya era algo del todo asumido, por más que tuviese una mano para cada hombro. “Un abogado debería ser alguien que acerque a las personas, no que las ayude a enfrentarse”, había dicho, y nunca supo si era un llamado de atención, apenas, o un modo de darle a entender que lo suyo, por tanto, debía estar en otra parte.

Antes, un par de días atrás, se habían levantado temprano, un poco más temprano de lo que solían hacerlo: los viernes eran el peor día, en Río, quizá por la cantidad de turismo interno que tenía, y aunque el aeropuerto no estaba demasiado lejos, él era incapaz de evitar el desmesurado nerviosismo que le producía la mínima posibilidad de llegar tarde. No era la primera vez que los chicos se iban solos —lo cierto era que tampoco habían sido tantas— y sabía que en Lucio podía confiar ciegamente, pero aun así algo se había movido de lugar, algo había sucedido; un desprendimiento, en el mejor de los casos, o una intuición. Supo que los extrañaría, como siempre, pero que esta vez sería de un modo distinto, aunque solo se tratase de ese fin de semana extendido en la

cercana Para Ti y no necesitaba que nadie le recordase que el martes todo volvería a la normalidad.

Abandonaron el paisaje familiar del aeropuerto, al que una vez más regresarían pronto, y Elisa le propuso ir a desayunar, hacerlo una segunda vez, en alguno de los bolichitos de Urca que daban al puerto y que ella adoraba, entre otras cosas, por las excursiones de su infancia, o más precisamente de su adolescencia, cuando evitaban la escuela, compraban *biscoitos* y los comían sentados sobre la balaustrada, de cara a la bahía entera.

Le hubiera gustado decir que sí, aceptar el convite en realidad más que hacerlo, solo para despejar los fantasmas que desde hacía bastante tiempo venían colándose en los espacios vacíos, en los silencios, en las preguntas que quizá ninguno de los dos deseaba hacerse en voz alta. No había angustia. Tampoco había, más allá de episodios puntuales que ni siquiera podía recordar en detalle, heridas abiertas o cicatrices profundas. No era eso. Pero hacía un tiempo, quizá desde que Lucio cumpliera los dieciocho, desde esa barrera que se había derrumbado solo algunos meses atrás, que había empezado a intuir el futuro, a sentir su llamado, y aun en su relativa juventud, con la plena consciencia de todo lo que ya no sería nunca como antes pero, a la vez, de todo lo que podría permanecer durante años y años, había sentido el peso de la lógica, de la naturaleza. La presencia de Elisa, y tenía la certeza de que a ella debía sucederle algo casi idéntico, no era más que un acompañamiento, una cadencia que armonizaba con la suya, como si construyesen un ritmo conjunto en el que los tiempos débiles de uno descansasen en los tiempos fuertes del otro, y viceversa. No había amenaza, se dijo más de una vez; no había amenaza. O más precisamente: no había nada concreto que pudiese verse amenazado.

Entonces le hubiese gustado estar libre. Le hubiese gustado sobre todo tener ganas de estarlo, un deseo más contundente, más violento, más desesperado. Había planeado, no obstante, una mañana llena de compromisos, tratando de aprovechar el viaje de los chicos pero, antes que nada, lo que le demandaría emocionalmente la llegada de su amigo. Necesitaba prepararse para eso; tal vez aislarse un poco, inventarse alguna excusa y tomarse parte del sábado en la laguna, remando, especialmente ahora que el maldito hombre había dejado de dolerle. Seis años más tarde, aunque Río se le había vuelto imprescindible, todavía extrañaba Buenos Aires, o mejor dicho extrañaba las pocas cosas que había dejado, en ese presente demasiado cercano que no le había dado chances de resistir, expulsándolo a esa otra ciudad que, sí, tenía todo para ganarse el adjetivo de *maravillosa*.

Llegaría Flavio, ese domingo, y el peso de los años, de todo lo que habían ganado y perdido, haría lo suyo. Y hubiese preferido entonces aceptar la invitación de Elisa, tomarse la mañana juntos subidos al ánimo del café y de la ligereza mentirosa de los barcos, al menos para construir en velocidad una pequeña trinchera, un sitio mínimamente seguro que le permitiese defenderse mejor de la nostalgia. Y sin embargo hubo algo, un temor, un miedo indefinido apañándose en el espacio indefinido de las horas y de las promesas, y eligió hacerle caso, seguir. Y así el día corrió hacia la noche.

Después, cuando subía por Siqueira Campos en busca de un trago, mientras caminaba esas pocas cuadras con el deseo oculto de perderse, aun sabiendo que no había manera de que eso ocurriese, empezó a pensar en la relación tan distinta que tenían, ella

y él, con esas mismas calles; con la ciudad toda. Elisa había accedido a que vivieran en Copacabana, y no en Leblon como ella hubiese preferido, y lo cierto es que ese había sido un gesto por demás generoso; después de todo, mudarse a Río no había sido producto de su añoranza, ni siquiera de su preferencia, sino de la decisión de ambos —pero cómo no sentir esa carga si era él quien no había sabido arreglárselas— de bajar los brazos, de dejar de pelear con el monstruo y fabricar allí mismo, con sus mismos costos, para su mismo mercado. Por alguna razón, cuya lógica él no lograba encajar del todo, ella nunca había pensado seriamente en volver a Río; ni siquiera la cercanía de sus padres, ni la presencia de Joana, sin duda la favorita entre sus hermanos, la habían imantado. Se habían conocido en Buenos Aires, allí habían vivido y tenido a sus hijos, y luego Río les daba una oportunidad. Elisa había celebrado el cambio, también la alegría con que los chicos abrazaran aquella nueva perspectiva, y el paso siguiente fue apenas resolver el cómo y el cuándo.

Ya podía avistar a la gente apiñada en la puerta de Adega Pérola, el boteco ínfimo al que tanto habían ido en los primeros tiempos y al que él regresaba alguna que otra noche en solitario, tal vez cuando se sentía un tanto melancólico; ya podía verlos bebiendo afuera, sobre los barriles, sentados a la entrada de los edificios vecinos, picando algún *bolinho*, algún escabeche, dejando que las frituras y las cervezas o las *cachaças* se acomodaran unas en las otras, haciendo que convivieran y le dejaran espacio a las conversaciones superfluas, las conversaciones que no necesitan mucho más y que solo tienen como objeto compartir la noche, agradecerla, olvidarse de lo que fuese que les deparara el futuro; ya los envidiaba, acercándose, mientras pensaba en lo que Río era para Elisa, de algún modo una serie de postas que se conectaban

de a saltos, elípticamente, y su propio gusto, su necesidad de recorrer las calles, entrar a los negocios, beber codo a codo con la gente observándola hasta donde se lo permitieran, espejarse y extrañarse en todos ellos. La playa, se decía, quizá había sido ese su punto de encuentro. Pero lo cierto era que su presencia resultaba tan omnipresente que acaso con eso bastara.

Eligió un rincón, una mesa milagrosamente vacía al fondo, junto a una pareja que no dejaba de besarse. Pidió una cerveza, que prefirió no elegir, y unas sardinas que apenas probó. Se sintió acompañado, en cierto modo. Pero era como si afuera, más allá de los parroquianos que seguían riéndose y bebiendo, estuvieran rodeados, o atrapados, por un desierto.

Antes, la noche de ese mismo viernes, hicieron planes, y sonaron auténticos. Habían decidido cenar ligero —apenas un *brie*, palta, una pequeña ensalada casi exclusivamente de hojas verdes—, en parte para no dormirse mientras veían la película que habían elegido, y en parte porque ambos deseaban estar frescos, ágiles al día siguiente, en el que se habían propuesto, como cada vez que los chicos se ausentaban, demasiadas cosas.

Iban por la segunda o tercera copa de vino, él se arrodilló frente a la video para dejar todo listo, ansioso por concretar ese pequeño triunfo de la diplomacia que había sido convencerla de ver una de espionaje, una remake con Gary Oldman y ese otro actor bajito cuyo rostro odioso nunca les revelaba el nombre, y fue en ese momento, en el transcurso más bien de esa breve secuencia, que Elisa se lo propuso. Hacía bastante, le dijo, que no iban a algún lugar sin playa. No se trataba de un reproche: era lógico, y no había nada que sus hijos prefirieran, más allá de las

tardes enteras en que Bruno se la pasaba leyendo y que sentían que para él el paisaje de fondo, el clima, la gente, eran únicamente efectos secundarios de su propia experiencia, algo así como cartón pintado. Pero Elisa le había planteado, por una vez, trastocar las prioridades de la familia.

Propuso ir a la montaña, sin estar visualizando ningún lugar en concreto; la idea lo había tomado desprevenido, pero incluso parecía bastante más que eso: el breve rapto de felicidad no había hecho otra cosa que desnudarlo, que evidenciarle su fragilidad. Pensó que había algo siniestro en esa suerte de contraefecto que producían las buenas noticias o los momentos luminosos: la evidencia demoledora de que todo el resto estaba construido sobre ausencias, necesidades insatisfechas, espacios en blanco. Y se preguntó hasta qué punto ese estado de consciencia, lo inclinado que se había predispuesto hacia la melancolía, quizá incluso a una tristeza despiadada, sin ambivalencias, si eso había sido una intuición; y se preguntó también, desde luego, hasta dónde le era posible creer en ella. Pero, ¿y si en verdad ese estado de ánimo lo había condicionado, si acaso había provocado todo lo que vendría después?

La montaña era una gran idea, respondió, pero lo hizo como si se hubiese tratado de una respuesta informativa, burocrática, una cruz en un casillero. Enseguida rogó porque aquello no hubiese sido percibido por el radar de Elisa. Prefirió no darse vuelta, simular que el disco estaba algo sucio; le sopló la tierra inexistente mientras se decía que “la montaña” significaba otro país, quizá Perú, o Bolivia, o incluso Argentina. Todo, pensó, estaba inmensamente lejos.

Después, como le sucedía siempre que necesitaba pensar, o por el contrario cuando le urgía dejar de hacerlo sin esfuerzo, desembarcó en la playa sin buscarlo del todo, como si sus pies hubiesen hecho solos todo el trabajo depositándolo allí, en la arena, a medio camino entre el mar y los pequeños puestos de comida, algunos más pretenciosos que otros, que surcaban la Avenida Atlántica. Aquellos parecían ser los soportes de una red de vóley, y más allá una sombra que, imaginó por el dibujo que hacía, debía ser uno de los puestos de los surfistas. Siempre se había sentido más cómodo en esa playa, anchísima, atiborrada y a la vez tan inmensa que contenía infinidad de mundos, y ahora esas mismas cualidades de algún modo lo envolvían, lo protegían de las falsas vías de escape, de las derivaciones que su mente era capaz de imaginar. No iba a preguntarse todavía qué hacer, entre otras cosas porque los hechos poblaban una dimensión demasiado elemental de lo que le estaba ocurriendo. No iba a compadecerse, ni tampoco la iba a compadecer a ella; mucho menos a ese otro cuya imagen parecía borrarlo, cuya voz no hacía otra cosa que enmudecerlo y dejarlo sin aliento.

Dedujo que se encontraría a la altura de *Belmonte*, uno de sus lugares favoritos. Era, hubiese sido, una noche ideal para ir a cenar todos juntos, incluido el tío Flavio; pero *Belmonte*, y Flavio, y hasta sus hijos, todo se le hacía remoto, todos ellos se desdibujaban en una partitura sin líneas, sus figuras aplacadas o borradas de los efectos de la noche.

Y sin embargo surgió, de improviso, la imagen de él y Lucio juntos, cenando allí, algunos años atrás, unos cuantos, mucho antes de que vivieran en Río o siquiera pensaran en hacerlo. Lucio abría la pequeña olla en la que les habían llevado el feijao, y se relamía. Volvía a taparla, mientras acababa el buñuelo que había

comido a medias y aceptaba con algo de orgullo la mirada de su padre. Una familia, un matrimonio con hijos grandes que estaba en la mesa vecina, sonreía al unísono, con dulzura o nostalgia.

Y entonces se preguntó, ahora, mientras el rumor del mar lo adormilaba, dónde estaría Elisa aquella noche. No: lo que se preguntó, en realidad, aunque se demorara en comprenderlo, fue por qué Elisa nunca aparecía en esos recuerdos que de vez en cuando lo asaltaban, sin que nadie los hubiese llamado.

Antes del mediodía del sábado, ya estaba en la laguna. Se había despertado tarde, en contra de sus planes, pero no había permitido que eso lo afectara. Esa noche, esa madrugada en la que le costaría dejarse llevar por el sueño, recordaría esas primeras horas como el prólogo de una promesa extrañamente cumplida. Si el sueño se había resistido no era, esta vez, a causa de la angustia, o la ansiedad, o cualquier otro veneno asordinado; veía la espalda desnuda de Elisa, a su lado, y casi sentía que estaba listo para empezar de nuevo. No se trataba de que el sexo dijese más que lo que estaba destinado a decir; pero sí sabía que sus silencios eran devastadores. Había sido un encuentro pactado, calculado al detalle en sus medidas y sus excesos, y aun así había logrado provocar en él la ilusión de un hallazgo.

Antes, habían abierto y compartido un par de dosis del whisky japonés, morbosamente caro, que él había comprado en su último paso por el free shop, a la vuelta de ese viaje odioso a Miami, cuando decidió que merecía entrar a casa con algo que valiera la pena. Antes, habían conversado con sus hijos, unas pocas palabras para comprobar, agradecidos, felices, que los tres querían a sus abuelos apenas una pulgada menos que a ellos. Antes habían

pedido una pizza en ese lugarcito de inspiración napolitana; ella recordó, de pronto, aquel restaurante italiano de Lagoa en el que alguna vez hicieran tiempo para cruzar a Farol, y a él se le apareció el sueño abrasador posterior al almuerzo que casi les hace perder el barco. Antes la había sorprendido ordenando papeles viejos, y se demoraron viendo juntos fotos en las que odiaban y amaban reconocerse. Antes, ella había salido a correr, a esa hora en la que solo le era posible hacerlo cuando sus hijos estaban fuera; él había desperdiciado con impunidad el tiempo, es decir lo había aprovechado escuchando a todo volumen esa música que ella detestaba —Weather Report, Frank Zappa, John Zorn—, aunque jamás hubiese vuelto a objetarla en voz alta. Antes habían ido juntos al mercado, sin demasiada suerte: Elisa había tenido que posponer su antojo de frutos rojos, y dejar su célebre tarta para otra ocasión. Antes, quizá sintiendo los embates del sexo que solo llegaría de noche, habían compartido una siesta, no sin que antes ella aprobara los nuevos modelos con plataforma, aunque en verdad no pudiese evitar detestarlos. Antes, él la había llamado para confirmarle que comería algo, de pasada, en aquel bar viejo y señorial que quedaba frente a la laguna, otro de sus refugios predilectos; y el almuerzo transcurriría, leve y poderoso a un mismo tiempo, en un registro casi epifánico: uno y otro bocado eran solo un respiro, pliegues de la realidad para que él recuperara la consciencia, el cuerpo regresando lentamente a su normalidad, a su contención, mientras la vista se perdía en los otros, en las conversaciones encriptadas, los movimientos atávicos, las esperanzas indescifrables, los destinos inminentes. Y más allá la superficie plana, amistosa de la laguna, en la que una hora antes había estado lidiando con sus fuerzas, perdido entre las reminiscencias de esa misma piel y esos mismos músculos y esos mismos huesos y las noticias que le

regalaba el paso del tiempo: todavía salía victorioso de esas batallas; todavía podía creerse que las ganaba, cuando en el fondo intuía que lo único importante era la guerra.

Antes, entonces, en esa canoa, se había reído un poco de sí mismo, de sus temores, de sus esperanzas. Era solo remar, se dijo, remar y manejar la respiración. De eso dependía todo. Eso: era: todo.

Después, con el viejo revólver de su padre en la mano, sentado en el pequeño sofá que tenía en ese cuartucho al que solía llamar estudio, rememoró con culpa, con desesperación culposa, todo ese día y el anterior, en los que la visita de Flavio había sido un norte promisorio; cómo podría ser de otro modo cuando su viejo amigo estaba por llegar y traer consigo decenas de recuerdos felices, y sí, una buena dosis de nostalgia y de dolorosa resignación por lo que no había sucedido y ya no sucedería. A esta altura sabía de sobra que el futuro solo se abría atravesando esforzadamente el pasado.

Miró el arma, miró su mano, y no las reconoció. Dejó el arma a su lado con pavor, pero sobre todo con extrañeza, y ahora se enfocó en la puerta cerrada. Trató de penetrarla con la vista; no obstante, su pelea no era con el espacio sino con el tiempo. ¿Cuánto había pasado? ¿Era posible que hubiese llegado, luego de ese ligero pero extenso traspié con el auto, hacía solo un par de horas? ¿Qué había hecho ella, después de tomar las flores? ¿Cuál había sido su gesto, su templanza, su fuga?

Después, sí, ya con las manos libres, él se había abrazado con Flavio como lo que eran, como lo que siempre habían sido: dos hermanos postizos, a quienes las largas separaciones no hacían

más que estrechar. Después él había huido al baño, se había lavado la cara tratando de recobrase, había mencionado la pinchadura, él o Flavio habían hecho algún comentario sobre las flores, es decir sobre los remordimientos, que le habían ganado al apuro. Después él preparó unas caipirinhas; el cuidado que puso en hacerlas disparó otra broma de su amigo, ajeno al infierno que había desatado (no él, en verdad, sino ella). Después mencionaron una y otra contingencia, una y otra realidad, las razones de uno para sentir que había sido una buena decisión instalarse allí en Río, las del otro para desear, pese a lo mucho que le gustaba la ciudad y la alegría que significaba en este caso reencontrarse con su amigo, que su posición en la empresa no lo obligase a viajar demasiado seguido, no al menos por ahora que Lucio era tan chico.

Después hizo lo que pudo para que ellos no vieran asomarse a la muerte.

Después repitieron los tragos, y él hizo lo posible, incluso cuando se derramó una gota al acercarle el suyo, por no mirarla a los ojos.

Después llegó el crepúsculo.

Después, mientras Elisa y Flavio intercambiaban un par de frases sobre músicos que él desconocía, se detuvo a escuchar el tráfico, el ruido uniforme, y anónimo, y letal.

Después Flavio pidió disculpas, aunque ya las había pedido, y prometió que cenarían al día siguiente, o a más tardar el otro.

Después él bajó a despedirlo, y cuando subió ella le atenazó el cuello con los brazos. No debía preocuparse, le dijo: Flavio se haría tiempo para ellos.

Después la vio caminar hacia la cocina, preguntarle sin darse vuelta qué prefería cenar, aceptar el silencio como un gesto de

aquiescencia, desaparecer peligrosamente porque entonces él sólo podría batallar con sus pensamientos.

Después se encerró en su estudio. Después buscó el arma, que previo a esa noche no tocaba desde hacía años, la tomó, la observó en detalle pero en el todo y no en las partes, la sopesó nostálgicamente. Volvió a guardarla, con ese cariz extraño que traen los actos pacíficos cuando son hijos del dolor.

Después convivió con su tristeza, tratando de escuchar lo que el futuro tenía para decirle al pasado.

Después salió, y le dijo que necesitaba caminar un rato; ella le sonrió, comprendiéndolo, aunque él no tuviese idea de qué era lo que ella en verdad comprendía.

Después él abrió la puerta, y se lo devoró la noche.

Podría haber llegado unos minutos después, o un rato antes, y nada hubiese cambiado. Nada había sucedido antes, nada que pudiese modificar el después, y nada sucedería después que permitiese leer el antes desde otra perspectiva. Había sido apenas un instante, después de toda su vida juntos, y antes de lo que fuese a sobrevivir. Pero con eso, con el modo en que ella observaba a su amigo, aunque este fuese ajeno a todo, aunque nada se materializara entre ellos ni tuviesen intención alguna de que lo hiciera, eso, sin embargo, había sido suficiente para que él lo entendiera.

Para entender que nada de lo que pudiese ocurrir después, y ahora estaba seguro de que tampoco nada de lo que había ocurrido antes, se parecía a eso, esa iluminación: eso que las palabras no alcanzaban a cristalizar, y que estaba sucediendo justo delante de sus ojos.